

## CHARLA MAGISTRAL

Jaime Galgani

Sr. Rector, Sr. Vicerrector Académico, Sres. Decanos, Sres. Directores, colegas y estudiantes.

Siempre el encuentro entre las diversas disciplinas constituyó un espacio para la poética. Sin duda, los puristas, los escépticos, los catedráticos de anaquel, reniegan de este proyecto interdisciplinario comparatista considerando que, en sus fronteras, se hibridiza la materia sustancial y casi esencial de la que hicieron su ciencia, su prestigio y su exclusividad. Sin embargo, si algo nos han aportado los estudios postcoloniales es que, precisamente, es en la frontera, en los “discursos otros”, en los espacios “in between” (al decir de Homi Bhabha) en donde se definen mejor los propios.

Así pues, en los estudios literarios ha existido una tradición vinculada a la historia de las literaturas nacionales, un proyecto claramente de origen europeo y que quiso levantar la bandera de ciertos chauvinismos que, antes que se inventara esa palabra, ya existían como marca de superioridad. Para superar la grandeza de la literatura griega, los romanos inventaron su propia epopeya y su propia poética. De ese patrimonio vivió Europa durante siglos hasta que comenzaron a aflorar los grandes orgullos de las letras nacionales de los estados en formación: primero la grandeza itálica con su Dante y su Petrarca, luego la francesa (con Racine y Moliere ) y la Inglesa con Shakespeare y Marlowe, hasta llegar a la gran poética de Goethe en Alemania, uno de los primeros en denunciar en su profético *Fausto* los vicios egocéntricos de la modernidad. Sumando y siguiendo, nos encontramos con una práctica que hizo de los estudios literarios una trampa de superioridades y de enconos identitarios que hemos heredado casi como se hereda una ideología, una teología o una genealogía familiar. El orgullo de la nación como el orgullo del apellido necesitan evidentemente de un mito, un texto, y, por cierto, una fundación literaria.

Adivino que este proceso, ocurrido en el ámbito de la literatura, también se generó en otros espacios, así como adivino que, como en todas partes, este dinamismo fue el creador de una jerarquía: la de los altos estudios, y

para el caso de la literatura, la de las “bellas letras”. Estudiar e investigar en literatura, durante mucho tiempo, fue prerrogativa de la alta cultura. Debemos agradecer, recién, a la sabiduría y la paciencia de Umberto Eco (recientemente fallecido) y de Mikhail Bajtín, entre otros, la posibilidad de comprender que la cultura medieval que nos fue enseñada no fue la única existente, sino que, entre los cimientos de las grandes catedrales con sus monjes, sus *scriptorium*, sus liturgias gregorianas y sus altas cúpulas y agujas elevadas al infinito superior, se ocultaban monjes lascivos que, al mismo tiempo, flirteaban con la impureza de la ideología y cambiaban el corazón de un buey por la carne fresca de una prostituta hambrienta. En efecto, fue Mikhail Bakhtin quien se introdujo en la cultura popular medieval para conducirnos en el conocimiento del juego paródico que las culturas bajas hacían con respecto a la alta cultura. Y fue Wolfgang Kayser quien nos introdujo al estudio del “grotesto” como fuente híbrida de fecundidad.

La alta cultura es bella, pero es cerrada, sin orificios. Está hecha de cuerpos herméticos que, estáticos en la hermosura equilibrada y aristotélica de sus componentes (una estatua, por ejemplo) no ríe, no vomita, no defecta, no orina, no fornicación, no procrea y, por ser eternos, no mueren siquiera y, por lo tanto, no pueden resucitar. La baja cultura, en cambio, aun siendo ajena a la sublimidad de los dioses olímpicos, participa de la singularidad procreativa y sana de los proscritos, de los abyectos, que lo mismo que algunos personajes de la literatura, como el pícaro o el roto, pueden carecer de la estatura broncea de un apolo clásico, pero disfrutan del privilegio genético que da la mezcla de razas, de colores y de sangres. Así pues, las mareas híbridas culturales ofrecen a la investigación un campo proficuo y significativamente atractivo para los jóvenes investigadores.

Dice el profesor José Luis Martínez que “La literatura comparada es el estudio de la literatura más allá de las fronteras de un país particular y el estudio de las relaciones entre la literatura y otras áreas de conocimiento o de opinión, como las artes (pintura, escultura, arquitectura, música), la filosofía, la historia, las ciencias sociales (política, economía, sociología), las ciencias naturales, la religión; esto es: la realidad y sus múltiples facetas, la comparación de una literatura con otra u otras y la comparación de la literatura con otros ámbitos de la expresión humana”. Este enfoque transversal del conocimiento se desarrolló en las escuelas

norteamericana y francesa sobre todo durante la segunda mitad del siglo XX, aprovechando la marea menguante -como dice Richard Rorty- de la línea de la teoría literaria que, al parecer, y también según él, surgió para dar trabajo a los profesores de filosofía que no tenían suficiente ocupación en sus correspondientes departamentos en las universidades norteamericanas. Así, pues, en tiempos de globalización, de multiculturalidad, de multimodalidad, las líneas de historia de la literatura (literaturas nacionales, etc.) y la de teoría literaria, parecen decaer en importancia frente a la necesidad de conectar la obra literaria con la marea transversal de la cultura a través de un ejercicio de comparatística cultural. Sin embargo, ya lo advertía Rorty también, es previsible que, por “inercia curricular”, en nuestros programas de formación, sigamos privilegiando los enfoques más puramente disciplinarios y menos integrativos y que en 2050, todavía tengamos una malla cargada de teorías literarias y de historias de la literatura; es decir una docencia centrada o en el análisis textual (teoría) o en los tópicos culturales identitarios (literaturas nacionales).

Sin embargo, en una institución universitaria, es sabido que el dinamismo normal de los procesos observa mayor rapidez en los avances en investigación, un poco más de lentitud en las renovaciones curriculares (perfiles y mallas) y, todavía un poco más de pereza en la innovación de la docencia. A veces, lo que en investigación se avanza en un momento determinado termina por llegar a la docencia en años o, incluso, en décadas. ¿Dónde está el obstáculo? A veces en que hay un divorcio entre investigación y docencia (unos son los que investigan y otros los que enseñan); otras, en que el mismo profesor investigador se ve limitado por las exigencias programáticas que le impone la exigencia curricular. Pongo el ejemplo de una profesora de colegio que, según sus propios trabajos de investigación, había descubierto que para formar a sus estudiantes en el sentido de la vida era más interesante llevarlos a visitar un cementerio que un zoológico. Sin embargo, el curriculum escolar la obligaba a llevarlos al zoológico y condenaba las visitas al cementerio como “terroríficas”, como si aprendieran más de la vida dando maní a los monos encarcelados que en la confrontación vital y existencial con el misterio de la muerte ante sus nadas o sus eventuales trascendencias. Así también nos sucede a los profesores que trabajamos en investigación: a menudo no vemos en los programas de nuestros cursos el espacio para dar cabida sustancial a los resultados de nuestra investigación.

Sin embargo, independientemente de los problemas y los ajustes, es desafío de la investigación ubicarse a la vanguardia institucional con respecto a los avances en el conocimiento. Para el caso de nuestra universidad, avances en el conocimiento que sugieren un desarrollo en la formación profesional.

“En su tratado *Sobre la naturaleza de las cosas*, Lucrecio afirma que todo se hace más evidente al compararlo. El acto de contraponer o equiparar está en las cimentaciones del procedimiento cognoscitivo: es un proceso racional que nos permite acceder al conocimiento de los objetos. La literatura comparada nos ayuda a descubrir nuevas realidades y vínculos que trascienden el ámbito literario puesto que permite un reconocimiento estético, social, individual, político e histórico. Su estudio abre la posibilidad de ampliar marcos de referencia e ir más allá del análisis textual, así como de evitar caer en el *provincialismo* y el *etnocentrismo*. Como profesionales de las letras, nos facilita un acceso metodológico para la realización de investigaciones más profundas y originales.”  
(Irlanda Villegas y otros)

Aristóteles decía que el ser humano es, por esencia, imitativo, y que, en la mimesis de la realidad disfruta y aprende... Decía además que el ser humano tiene propensión al saber. Habría que agregar que el profesional investigador aprende “comparando”; “leer es comparar”, decía alguien. Y al comparar, se descubre que la realidad está saturada de sistemas que, de algún modo, se reproducen miméticamente entre las distintas disciplinas y, para decirlo literariamente, se repiten con cierta simetría. Sigo aquí a Borges cuando afirma que “a la realidad le gustan las simetrías”.

He aprendido muchas cosas, durante este año de trabajo en la UMCE conversando con varios profesores de distintos departamentos. Con quienes más he podido profundizar esta intuición comparatística y esta visión integral del conocimiento ha sido dialogando con el profesor Daniel Frías sobre el concepto de epigenética y con el profesor Luis Flores sobre las curiosas simetrías entre el ámbito de la naturaleza y de la literatura. Recuerdo que, un día, alcanzándome casi por accidente en el Casino, el profesor Flores me preguntó si existían en literatura estructuras similares

a un cuento que estaba redactando (que tenía cien palabras, de las cuales las cincuenta primeras eran exactamente iguales a las cincuenta segundas, solo que estas últimas se distribuían en forma exactamente inversa, quedándole un relato como con alas de mariposa). La conversación abundó en conceptos como quiasmo, oxímoron, retruécano, palíndromo, que son figuras retóricas que tienden a producir efectos especulares dentro de la elaboración textual. También hablamos de estructuras literarias reflejas como el caso de la décima que está organizada también como un espejo de rimas (abbaa, ccddc). Y también de ciertas temáticas literarias especulares como el caso del doble siniestro, las parejas emblemáticas de la literatura (opuestas y complementarias a la vez), etc. Por otro lado, el profesor aportó señalándome gran número de estructuras simétricas en el ámbito de la naturaleza, sus especies, etc. Me llamó la atención el concepto de fractal y su similitud con el concepto de “mise en abyme” en literatura y, por otra parte, la duplicidad casi metafísica entre la definición de “materia” y la eventual existencia de la “antimateria”.

Evidentemente, en este ejercicio, ya estábamos haciendo una cierta comparatística que vinculaba la literatura con la naturaleza por la vía de la mimesis aristotélica. Fue así que surgió la idea de desarrollar un proyecto de investigación interdisciplinaria que allegara estas dos amplias temáticas para ver cómo podrían producir efectos positivos en la formación docente. Finalmente, por los misterios de la bajada práctica de las ideas de un proyecto y por las necesidades del área chica, llegamos a formular una propuesta de investigación interdisciplinaria en donde ponemos en juego el concepto de “variación” con el fin de ver cómo se observan fenómenos similares de variación entre las especies naturales y los fenómenos de variación lingüística. Este proyecto, además de impulsarnos a relacionarnos colaborativamente con otros colegas (profesores de sociolingüística por ejemplo) que es otra manera de generar relaciones productivas, nos condujo de la comparatística a la investigación interdisciplinaria. Y, más aún, a la investigación interdisciplinaria con alcances en la formación inicial docente, pues nuestro interés consiste en verificar si la hipótesis-convicción de que el recurso a la comparación produce buenos efectos pedagógicos es real o no. En experiencias previas, utilizando ejercicios propuestos por el escritor Guillermo Martínez, se llegó a excelentes resultados didácticos que vinculaban saberes matemáticos con la noción de crímenes

imperceptibles en el relato policial borgeano.

En esta presentación se advertirá que estoy tratando de poner en balance las tres realidades que represento como profesor investigador, como docente y como coordinador de gestión curricular de mi departamento. Sin embargo, quiero destacar en la investigación un principio motor. Todo esto, en el entendido de una visión integral del quehacer universitario. Normalmente se mira con sospecha al profesor investigador; se lo considera un sujeto aislado que viene a usufructuar de su posición para hacerse una torre en algún rincón de su campus, justo allí donde no lo moleste nadie. Esta visión no responde a las necesidades actuales, y probablemente nunca fue así. Al contrario, la investigación se proyecta hacia el medio a través de publicaciones científicas, coloquios, seminarios y congresos. Todo esto con miras a la formación de redes y convenios.

Por otro lado, la investigación genera naturalmente al interior de la Universidad, cuerpos colegiados e interdisciplinarios que se proyectan en programas de postgrado. De esta manera, se conectan y alimentan recíprocamente los distintos organismos institucionales.